

CEPA de Laguna de Duero

V certamen de relato breve



Primavera de 2026

01

REPROCHES

Subí al desván de la casa vieja del pueblo, la de los abuelos maternos. En el sobrado infinito había de todo: muebles con mucho polvo, objetos decorativos a la antigua usanza, y ropas viejas dentro de maletas antiguas cerradas con correas y cintos; mantas y braseros de latón oxidados con sus badilas, y, también, libros en unas cajas medio roídas o desportilladas. Me agencí una guitarra vieja con su funda cuarteada que estaba en un arcón escondida. Le pregunté a mi madre y dijo que era la del abuelo, cuando se corría las francachelas y juergas en busca de novias por las ferias y mercados; que ya no se acordaba de la guitarra pero sí de las canciones y la charanga con coplas que sacaban el abuelo y sus amigos, cuando, de pequeña, se iban al baile de los domingos con su traje bonito.

Hijo.- ¿Me la puedo quedar? Le falta un par de cuerdas.

Madre.- ¡Claro! Pónselas y aprende a tocar. Me hace ilusión que hagas música con ella.

Hijo.- De casta le viene al galgo. ¿No?

Madre.- ¡Ya veremos, dijo un ciego!... (Y salió del salón para la cocina).

“Las cosas siempre están a punto de no suceder, o de suceder de otro modo...”

En la ciudad, de vuelta, arreglé la guitarra he improvisé una melodía, puesto que aprendí a tocar de oído con los amigos. ¡Será que la sonoridad del instrumento me impactó o que la melodía tenía sincronía y ritmo; tanto que me animé a decir una estrofa!

“Si de mi abuelo eres y agradable sueñas, la melodía secreta que refiero, de este u otro lado, vuela”

En ese momento, se desgajó del interior de la caja de resonancia un papel amarillo, escrito en el envés, que tenía como pegado con cola, en lo más recóndito; como pude lo tomé con mis dedos entre las cuerdas y lo leí. Era una canción, que decía:

“Eras mi niña querida, la fresca hierba del prado, la brisa sentida y el amor inesperado (deseado). Sufro por ti, que me ciegas con luz de hermosura; y en la noche sin luna, te alcanzaré las estrellas, una a una. Besos te mando, versos te escribo, amor que te siento, Lucía, más tuyo, Fernando, en la lejanía”.

¡Qué raro! El abuelo se llamaba Fernando, pero la abuela era Antonia, no Lucía. Mejor será no indagar, por si acaso.

Pasaron varios meses; cuando volvimos al pueblo en las vacaciones de Semana Santa, volví a subir al desván para buscar alguna pista nueva. Entre los libros viejos había una libreta con una dedicatoria: “AMOR con mayúsculas”, y poemas escritos en su interior. No había nombres, sólo poemas:

-I-	-II-	-III-
Densidad efímera,	Ayer no te vi	Amapolas tengo
Vana ilusión,	¡cuánto lo siento!	En el trigo bajo,
Toma mi cuerpo	La vida se pasa	Al mozo guapo
Pleno de amor.	Y yo reverdezo.	Que yo más amo.

Seguí mirando entre los libros y apareció de pronto una carta del abuelo Fernando a Lucía, dónde se sinceraba, del cariño y el amor que le tenía y profesaba; pero que las familias no consentían el noviazgo. Con mucho pesar, marchó a la mili y allí frecuentó algunos lugares de alterne para consolar las penas y amarguras, que, no obstante, le producían mayor desasosiego. Sus padres acordaron la boda con la prima Antonia para que no se perdiera el patrimonio. A la vuelta, estaba todo decidido. Trabajaría la tierra y se emborracharía, día sí y día también, en la taberna de Pascualín.

Mucho tiempo después, mi madre me dijo que el abuelo dejó de tocar y cantar, que se emborrachaba a diario, y que, en la ebriedad, con la media lengua bastante espesa, hablaba de una tal Lucía, que le esperaba en el “Jardín de las Delicias”. La abuela Antonia lo enviaba sin cenar a la cama a pasar la borrachera. Con la retranca consabida, el abuelo Fernando se enfermó y se fue. Nada se supo de la tal Lucía, “lucero del alba y del alma mía”. **FIN.**

02

EL RETROVISOR

Me paro a pensar y me doy cuenta de lo necesario que es mirar atrás para ser consciente del largo camino andado.

Por el circuito, han transcurrido un buen número de kilómetros de autopista, con cierta comodidad y buenos momentos de felicidad compartida.

Otros tramos, con un firme en peor estado, nos han obligado a adaptarnos a la velocidad máxima permitida, maniobrando distintos zigzags.

En este sendero, de amplio recorrido, también nos hemos topado con terrenos pedregosos, con algún que otro bache no señalizado, inesperado e imprevisible, provocando ciertos daños.

La observación a través de nuestro retrovisor nos ayuda a repasar las experiencias vividas, las cuales podrían no haber sucedido así, como las hemos sentido, a la vez que no nos permite adivinar con certeza nuestro rumbo, ni todo aquello que vamos a encontrar en el resto del camino.

¿Será una nueva autopista o será el peor de los atajos?

La vida sigue siendo una ruta dibujada con caminos impredecibles, donde también el azar agarra con fuerza el timón.

03

MUJER DE BRUMA

El aire cargado de humedad y un frío penetrante van horadando los huesos de Rubén a cada paso que da. La niebla todo lo desfigura; crea sombras que danzan alrededor de las farolas, figuras efímeras que se desvanecen según avanza hacia ellas. Los árboles desnudos de finales de noviembre se retuercen como guardianes; sus troncos oscuros emergen erráticos, como siluetas inquietantes que susurran secretos del viento.

Solo el traqueteo de sus pasos y el leve zumbido de las farolas rompen el silencio y la quietud de la desamparada laguna, transformada ahora en un escenario lleno de misterio; como si se tratara de un cuadro de Friedrich, saturado de una niebla sublime e infinita al borde del mar. La humedad llena la boca de Rubén; le hiel a la garganta como un susurro que se cuele en cada bocanada, envolviéndolo en un abrazo húmedo y sofocante.

Camina absorto, ensimismado en la misma queja que le atribula desde hace cuatro años, ese remordimiento que le persigue desde el accidente en el que aquel camión arrolló su existencia. Rubén sabe ahora que **las cosas siempre están a punto de no suceder, o podrían suceder de otro modo**; pero aquel día, caprichosamente, el destino decidió crear este delirio. María le abandonó entre el último brindis y ese *stop* a medio esconder entre las ramas de aquel maldito árbol, dejándolo varado para siempre en la orilla equivocada.

Algo lo rescata de su ensoñación. En la orilla, junto a los cañaverales, se perfila una figura. Rubén cree ver a una mujer. Parpadea, eliminando las gotas suspendidas en sus párpados mientras aguza la vista. No hay duda: una figura femenina permanece impasible en la orilla. Su silueta parece flotar en la bruma como un espectro salido de un sueño. La luz amarillenta apenas roza su imagen. Viste un largo vestido que se ciñe a su cuerpo como paño mojado, dándole una apariencia hierática que se confunde con las sombras.

Ella mira hacia el centro de la laguna, ajena a la presencia de Rubén. Él se acerca despacio, con la respiración contenida. Masas de niebla huyen del agua y ascienden hacia el cielo nocturno; ella parece alejarse al mismo ritmo con el que Rubén avanza. Su figura delgada describe a una mujer de edad indefinida, envuelta en una aureola que parece preservarla del paso del tiempo. Rubén la percibe como algo sobrenatural, acogedora a la vez que sencilla, cercana.

La ligera brisa cimbre a los cañaverales y ella imita ese baile. Su vestido blanco ondea ligero mientras su cabello largo y oscuro cae en cascada sobre sus hombros. Rubén aprieta el paso; su figura se difumina entre la bruma, suspendida sobre las tranquilas y humeantes aguas. De pronto, se gira y dirige su mirada hacia la de Rubén. Son ojos profundos, una mirada intensa que desvela una tristeza infinita. Su rostro sutil, severo

e inexpresivo, muestra una belleza auténtica, aunque vulnerable, donde una ligera sonrisa no esconde el miedo que transmiten sus ojos.

Rubén ve la palidez de su semblante, atrapado en el umbral del espanto como un lienzo antes de ser profanado. Sus mejillas, desprovistas de color, parecen haber sido besadas por la muerte. Los labios temblorosos se entreabren en un suspiro ahogado, como si intentaran liberar un grito que nunca llega. Sus pies desnudos sobre la hierba apenas rozan el suelo, deslizándose sobre el velo que emana de las frías aguas. Su figura se diluye como un espectro silencioso mientras la brisa hiela su piel.

El aire se vuelve más pesado. La tensión en Rubén es palpable y su corazón late con fuerza, como si quisiera escapar de su pecho. Cada fibra de su cuerpo le dice que debe alejarse, pero esa mirada lo mantiene anclado como un imán. Sus pies se hunden en el barro. La mujer esboza una sonrisa apenas perceptible.

Cuanto más se acerca, más cree reconocer a María. Las lágrimas le enturbian la vista y los recuerdos se retuercen en su alma. Rubén quiere detenerse, pero sus pasos le empujan. La figura levanta sus manos y Rubén se aferra a ellas con una fuerza desesperada. Se siente arrastrado, liberado al fin. Sus miradas permanecen fijas mientras sus cuerpos se deslizan sobre las aguas hasta desaparecer entre los espesos cañaverales.

04

SUEÑO Y REALIDAD

Sonó el despertador a las 7 a.m. estaba despierta pero aprovechó unos minutos más para hacer un repaso de las cosas que tenía que hacer a lo largo del día.

Se levantó de la cama, fue al baño y después a la cocina para preparar el desayuno. Encendió el transistor para oír las noticias y la previsión meteorológica que confirmaba que el día sería seco y soleado. Con esta información podría decidir que ropa se iba a poner para ir a trabajar, todo esto mientras desayunaba.

Preparó la bolsa térmica con la comida y decidió que iría andando al trabajo, pues el trayecto era de unos 15 minutos aproximadamente.

Cuando salió de casa empezaba el bullicio de las personas que cómo ella iban a trabajar, jóvenes que iban a estudiar, comerciantes que abrían sus negocios, repartidores que entregaban paquetes a domicilio, porque actualmente muchas compras se hacen por internet.

Llegó al trabajo, consultó la agenda y parecía que la jornada sería tranquila, si no se complicaba con algún extraño imprevisto, las cosas siempre están a punto de suceder o de suceder de otro modo. Hoy solo tenía horario de mañana de mañana, así que después de comer, de vuelta a casa, podría ir al supermercado a comprar unas cosas que le hacían falta. Ya en casa cómo tenía tiempo hizo un poco de ejercicio físico y después un rato de lectura, más tarde preparó la cena, se sentó frente al televisor y cuando el sueño y el cansancio empezaban a hacerse notar e fue a dormir.

Sonó el despertador a las 7 a. m. y el sonido del reloj la sobresaltó y la sacó del sueño a la realidad. Hizo un repaso de las tareas que tenía que hacer ese día, las cuáles eran hacer la limpieza de la casa, preparar la comida, quizás ir a comprar, pero esto no estaba del todo decidido, acabaría la tarea de costura que había dejado planteada el día anterior porque su trabajo lo realizaba en casa.

Por la tarde había clase, el profesor nos iba a comentar las bases para un concurso de relato breve y microrrelato que estaba organizado por el centro de enseñanza para personas adultas.

Todos los días pueden ser iguales y a la vez pueden ser completamente diferentes.

05

LA EDUCACION DE AYER Y DE HOY EN EL COLEGIO

En el año 1972 los niños íbamos al colegio, con cartera, estuche, lápiz, bolis y pinturas de colores, como “Dora la exploradora”, los niños de hoy llevan mochilas y un montón de libros.

Íbamos andando, hoy van en autobús, en coche, muchas veces por las prisas de los papás.

Era una mañana de lunes, entrábamos puntuales en el patio del cole, alegres y contentos.

Buenos días señorita con respeto, los niños por un lado y los niños por otro lado en diferentes aulas, no había clases mixtas como ahora.

Mirábamos a la señorita con respeto y a las compañeras con una sonrisa pícaro.

Ese día tocaba a primera hora religión: María, sal a la pizarra. Con nervios, María se acercaba, con la mano temblorosa, cogía la tiza, porque si no se la sabía lo mismo le daba un coscorrón. Ahora les ayudan a comprender las cosas.

Escribe dice la profe: ¿Jesús vivió con sus padres 30 años?

¿Es verdad María?

Sí, señorita.

Y por lo bajito decía Inés mi compañera de pupitre, lo mismo que los chicos de ahora, que no se van tan pronto de casa.

De repente llegaba la clase de historia: los Reyes Católicos y el viaje de Colón, con las tres carabelas, La Pinta, la Niña y la Santa María, ese día íbamos de viaje, un veraneo.

Como los niños viajan ahora a través de las pantallas digitales “las cosas están a punto de suceder o suceder de otro modo”.

Era una educación tradicional autoritaria, las lecciones las tenías que aprender de memoria. El profesor era la máxima autoridad.

Ahora son alumnos participativos tienen un montón de herramientas a su alcance, móviles, internet, para cualquier consulta.

Hacen excursiones, visitas culturales, antes apenas salías del colegio, como mucho al campo grande.

Da gusto como han cambiado las cosas, gracias a los docentes que se implican tanto, tanto con los niños como en el profesado de adultos, porque nunca es tarde para seguir aprendiendo.

06

EL VALOR DE LOS ABUELOS

Hola, soy Álvaro y mis abuelos Hilaria y Eleuterio eran maravillosos.

Como nuestros papás siempre estaban ocupados, ellos se encargaban de nosotros.

¡Nos llevaban al cole! ¡Qué gusto a la salida! Al llegar a casa siempre tenían la comida que más nos gustaba: cocido y natillas, y para cenar riquísima tortilla de patatas.

Me acompañaban a clases de inglés, Catequesis..., no podía faltar el fútbol, los días de partido eran mis incondicionales seguidores.

Qué decir de los días de vendimia, ¡inolvidables! Con cuánto esmero la abuela preparaba la comida, el botijo con el agua fresquita, la cesta para traer uvas, los tranchetes ¡todos queríamos ir montados en el burro!

En invierno, las tardes de rosquillas y chocolate, con sus interminables partidas de oca, cartas y ajedrez...

Nos inculcaban valores, normas y eran tolerantes con nosotros, todo lo que ellos nos enseñaron fue el fruto del amor que nos tenían.

Las cosas siempre están a punto de no suceder, o de suceder de otro modo.

Mis tareas en casa no eran distintas a lo que hacían mis hermanas, esa fue una gran lección, así como que nunca perdiera el respeto por mis amigas y compañeras de cole.

Que algún día tendría una compañera de viaje cuando me hiciera mayor o incluso una hija.

Han pasado muchos años..., y ni la universidad, ni la vida me han dado mejores lecciones. Por eso ahora cuando miro al cielo y veo estrellas que tienen un brillo especial, sé quiénes sois.

OS QUIERO

UN DÍA TODO CAMBIÓ EN “EL LIBRO”

Érase una vez un pueblo por todos conocido como “El Libro”. En él, hacía mucho tiempo que no se leía ningún libro. No es que fueran analfabetos. ¡Oh, no, por Dios! No se trata de que no les gustaran las historias redactadas en aquellos volúmenes de papel sepia, tintados con letras y tapas de cartón serigrafiado. La verdad es que los pocos vecinos que quedaban ya eran muy mayores y hasta sus ojos se habían hecho viejos; su visión estaba en seria decadencia.

Al alcalde, uno de los más jóvenes del lugar, se le ocurrió hacer una llamada pública para que allí se reuniesen editores, libreros y escritores, para declarar el día de “El Libro”. A la convocatoria literaria, aparte de estos últimos, acudieron familias enteras con sus retoños, invadidos por la curiosidad de tan curiosa reunión lectora.

Ese día “El Libros” se llenó de libros, de autores, de niños, de padres y de vida. Sobre todo, de vida; la que la lectura proporciona con la complicidad de toda parafernalia que lo acompaña.

Todo cambió por completo en “El Libro”; los lugareños estaban muy contentos, puesto que la alegría y el bullicio infantil impregnaron hasta el último rincón de la localidad.

Las cosas siempre están a punto de no ocurrir o de ocurrir de otra manera diferente. Únicamente se requiere desearlo para que este mundo se transforme, y en “El Libro” todo se transformó desde aquel día.

SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Hace tan solo tres meses, Sandra estaba atravesando uno de los momentos más delicados de su vida, se encontraba como un árbol que había perdido las hojas en otoño, y, en una de tantas noches de insomnio, por casualidad, se volvieron a encontrar. Habían trascurrido casi treinta años, y el destino quiso que sus almas coincidieran en la inmensidad del espacio virtual.

Conversaciones interminables, risas compartidas recordando su época universitaria, confidencias... El destino los llevo por diferentes senderos, y lo que estuvo a punto de suceder, no sucedió en aquel entonces.

La ilusión volvió a brotar en sus corazones; y decidieron retomar el pasado en el presente.

Pese a la distancia que les separaba, acordaron encontrarse en la antigua cafetería de la universidad.

Cuando cruzo el umbral, lo distinguió sentado en la mesa del fondo, junto a la oscura cristalera, la misma que ocupaban años atrás; donde se refugiaban entre clase y clase.

A su mente le vino el recuerdo de aquel chico sencillo, de mirada honesta, algo tímido.

Según se iba acercando, fue distinguiendo su silueta completa. Se atusaba su pelo engominado, mirándose en el reflejo del cristal, ensayando su mejor sonrisa; una dentadura blanquísima destacaba cual neón encendido sobre su hiperbronceada tez.

Como si la cafetería tuviese zoom incorporado, visualizó su traje azul petróleo; dos tallas menos, las mangas de la chaqueta, a punto de reventar marcando bíceps; los botones, parecían pedir auxilio antes de saltar por los aires.

Repentinamente, en lo más profundo de su mente, se encendió una lucecita roja y apareció la palabra HUYE en mayúsculas.

Se dio la vuelta con naturalidad, y se dirigió a la puerta de salida.

El aire frío y el viento, la devolvieron a la realidad.

“Estaba deseando que ocurriera, pero ocurrió lo que no deseaba” Lucietta.

09

LA HUELLA DE LO QUE NO OCURRE

La tarde se iba apagando sobre el río con una parsimonia algo exagerada, como si quisiera llamar la atención antes de desaparecer.

Laia tiraba piedras al agua sin demasiado entusiasmo. Las ondas se abrían un momento y enseguida desaparecían, como ciertas conversaciones.

Había llegado hasta allí caminando, sin un plan concreto y sin ganas de volver todavía a casa.

Olía a humedad, a barro y a verano cansado. Pensó en las cosas que no había dicho y en las que probablemente ya no diría nunca.

Porque, al fin y al cabo, las cosas están siempre a punto de no suceder, o de suceder de otro modo.

Cerró los ojos un instante. Oyó el agua correr, las hojas agitándose y un pájaro que parecía discutir con alguien en la distancia.

Todo estaba quieto, aunque no exactamente en calma.

Recordó una voz, una risa y un adiós confuso que quizá ninguno de los dos había terminado de creerse.

Las palabras, pensó, sirven sobre todo para complicar las cosas, pero aun así la gente insiste en usarlas constantemente.

Cuando abrió los ojos, el río seguía allí, indiferente, haciendo lo suyo como si nada.

Dejó caer la última piedra y esta vez no se molestó en mirar las ondas.

Se levantó despacio, sacudiéndose algo de polvo del pantalón con una seriedad innecesaria.

El sendero atravesaba los árboles sin emoción alguna, limitado a seguir adelante como tantos otros caminos.

Laia empezó a caminar sin pensar demasiado en el destino, lo cual, visto lo visto, tampoco era una mala estrategia.

Al cabo de unos pasos se detuvo y miró atrás, no exactamente hacia el río, sino hacia algo más difícil de señalar. No vio gran cosa.

El silencio no parecía vacío. Más bien daba la impresión de estar esperando pacientemente a que ocurriera algo.

Pensó que quizá entenderlo todo estaba sobrevalorado y que había días en los que bastaba con seguir adelante.

El viento movió las ramas con suavidad y, durante un segundo, todo pareció tener cierta lógica.

Respiró hondo, notando el cuerpo cansado y el alivio discreto de no tener que explicarse ante nadie.

Después siguió caminando, sin rumbo claro, pero también sin la sensación de estar perdida.

Detrás quedaba el río, constante y ajeno. Delante, el sendero continuaba igual de silencioso.

Y entre una cosa y otra avanzaba ella, aprendiendo poco a poco que incluso lo que nunca llega a ocurrir termina dejando alguna huella.

10

RESURRECCIÓN

El paisaje nevado acompañaba el recorrido del coche, los ocupantes en silencio contemplaban la naturaleza, estaban concentrados en si mismos. La luz del día se iba apagando poco a poco, los abetos del bosque cargados de nieve se difuminaban, la carretera helada iba siendo cada vez más difícil de transitar, a consecuencia del mal tiempo, la velocidad había tenido que disminuir a pesar de las ruedas de invierno que vestía el coche.

El conductor estaba molesto, conducía concentrado por la dificultad del camino, además su estado de animo no era el mejor para la situación. Era la tercera vez que tenía que cancelarlo todo, para ir de prisa y corriendo a la mansión. Era un transtorno en la oficina, anularlo todo, por varios días, aunque estaban acostumbrados no dejaba de ser un incordio.

Fue a recoger a su mujer, a sus hijos e inició el viaje de cuatro o más horas con ese clima, para llegar a tiempo. El ambiente en el coche era de laxitud, todos esperaban que fuera la última vez que tendrían que hacer el camino de esa manera.

Les habían avisado, como las otras veces, que el abuelo se moría, que estaba agonizando, pero no se lo creían, ya había resucitado dos veces anteriormente. No tenía ningunas ganas de morirse, estaba jugando con la familia, les obligaba a dejarlo todo para ir a despedirse de él. Pero cuando todos estaban en la mansión, en su habitación rodeando su cama expectantes, él les observaba, leía sus caras y estas le animaban de tal manera que su cuerpo renacía.

La familia aguantaba estoicamente el juego que se llevaba entre manos, era el patriarca, siempre se había hecho lo que él quería y mandaba, todos dependían en mayor o menor medida de él, de sus empresas, de su dinero.

Las cosas siempre están a punto de no suceder o de suceder de otro modo, pero esta vez sería diferente, tuvieron un conclave de alguna manera esto tenía que terminar.

Cuando llegaron a la mansión toda la familia les estaba esperando, nadie había llegado a tiempo para despedirse de él. Todo había terminado, el doctor ya había firmado los papeles, el ataque al corazón había sido fulminante. Solo su enfermera estaba a su lado, mientras agonizaba.

Después del entierro y de ponerle una lápida lo suficientemente pesada que no le permitiera su resurrección fueron al notario. Volvieron a sus casas contentos y aliviados , su vida podía seguir. Quedaron en que se reunirían en Semana Santa para disfrutar y celebrar su libertad en la mansión . A nadie le importo que la enfermera fuera ahora la dueña de la casa de la costa del sol, ninguno de los presentes tenía buenos recuerdos del tiempo que habían pasado allí, no les gustaba.

ZAPICO

En los tugurios del puerto de Salvador de Bahía, circulaba, hace tiempo la historia del Esperanza Azul, una goleta de madera, esbelta y marinera, con matrícula de Cádiz, que hacía cabotajes y alguna que otra singladura más, con cargas no muy legales, por las Antillas y el Caribe.

Lo contaba uno que navegó en ella, a las órdenes de Pepe el Cojo y Zapico.

Por lo que se decía, Pepe el Cojo, no se separaba de Zapico.

Zapico, siempre estaba en el camarote del capitán, tenía profundos ojos negros, algo saltones, era de buen porte y tierna edad, intenso color verdirrojo, amplias alas y fuertes garras para sujetarse a su percha, era una preciosa cacatúa.

Cuando Pepe el Cojo estaba cargado de ron, contaba la historia de Zapico. En Maracaibo, cuando era marinero de primera, sirviendo en la fragata de veinte cañones, El Calahorra de su Majestad el Rey de España, en un cuchitril del puerto coincidió con un viejo marino, que apodaban el Tuerto, con muchos años de mar y una cacatúa. Él disponía del consabido par de dados, bien cargados, resultó muy fácil hacerse propietario de Zapico.

Con el tiempo, acabó relacionando los gestos de la cacatúa, con el barómetro. El bicho era capaz de sentir las variaciones de la presión con un día de antelación al aparato de abordo.

Era increíble, si Zapico se movía hacia los lados, era previsible un cambio de presión. A más balanceo, más viento.

El día podía amanecer de calma chicha, pero si Zapico empezaba a oscilar, malo, había que atarse los machos, y empezar a sujetar todo lo que estaba suelto a bordo, se aproximaba temporal. Cuando abría las alas, se podía respirar, el viento amainaba.

Al llegar Pepe el Cojo al mando, en el cuaderno de bitácora, se citaba más a Zapico que al barómetro.

Fue en Cartagena de Indias, donde ocurrió la desgracia, las cosas están siempre a punto de no suceder o suceder de otro modo.

En los puertos, sacaban a orearse a Zapico en su percha.

Ese maldito día llevaron a la cacatúa a cubierta. Bien es verdad, que amaneció luminoso, sin nubes, con algo de calima, estaba empezando la primavera, había en el ambiente el fresco aroma de las flores... El bicho empezó a girar la cabeza, a un lado y a otro, abriendo y cerrando los ojos, con pequeños grititos incomprensibles, y sucedió lo nunca visto, se echó a volar, con un aleteo bastante desgarbado, cogió altura y se dirigió a tierra.

Esperaron su regreso. A la caída del sol, el capitán ordenó desembarcar para buscarlo por el puerto o los alrededores. Se perdió a Zapico y a un marino que no se presentó.

El Esperanza Azul, tuvo que zarpar con la tripulación incompleta para desesperación de todos.

Dos años después, corrieron rumores de lo ocurrido en la Habana. El bric Santa Cruz, arribó con un lanchón, que encontraron en el mar, medio hundido y vacío, con el nombre Esperanza Azul.

De Pepe el Cojo y su tripulación, no se volvió a saber.

12

ALTERACIÓN

Sin saber muy bien cómo llegue allí, dormido, quizás ensimismado en mis pensamientos: el caso es que estaba perdido.

El día era espléndido. En el cielo flotaban nubes dispersas, blancas como algodón. La brisa soplaba suave, con un frescor agradable. El campo lucía un verdor intenso salpicado de puntos rojos entre los cereales, en contraste con las florecillas moradas y amarillas de las cunetas, alrededor de las cuales revoloteaban insectos.

Me sentía a gusto. La tranquilidad era absoluta. Decidí buscar un lugar donde sentarme a disfrutar del momento. Caminé un rato más y a lo lejos vi unos árboles. Pensé que aquel sería un buen sitio. Mientras me dirigía hacia ellos, de una hondonada salieron dos corzos. No corrían deprisa: trotando, se detenían a mirarme y reanudaban la marcha hasta perderme de vista.

Sin darme cuenta, llegué a la arbolada. Uno de los árboles llamó especialmente mi atención. Debía ser centenario. Era enorme, una oquedad recorría su tronco de arriba a abajo: en ella cabrían tres personas, las mismas que harían falta para abarcarlo con los brazos. Sus ramas eran descomunales y su altura semejaba la de un edificio de cuatro plantas. Al observar sus hojas comprendí que era un castaño, parte de sus raíces eran someras. Pisé una ramita y un ratón salió corriendo, asustado, hasta esconderse en una abertura del tronco. Metía y sacaba la cabeza con tanta rapidez que resultaba gracioso. Para observarlo mejor, me senté entre las raíces. Había tal quietud que decidí meditar; aquel lugar parecía idóneo. Cerré los ojos e intenté absorber energía del árbol. Entonces empecé a notar unas vibraciones, como si escuchara una conversación. Y en efecto, cuanto más me concentraba, con mayor claridad oía comunicarse a dos seres: el ratón y el castaño.

Cuántos años llevas aquí –pregunto el ratón.

No lo sé - respondió el árbol. Perdí la cuenta hace mucho. Han sido demasiadas veces que vi caer mis hojas y volver en primavera.

Guardo un corto silencio y continuo: Recuerdo que, cuando era joven, pasaron por aquí unos comediantes. Ensayaron una obra que entonces era novedad < la vida es sueño > Aquello se me quedó grabado. Porque mi vida también es un sueño. Sueño con caminar, conocer otros lugares. Estoy cansado de ver siempre lo mismo. Nunca he visto el mar, ni el desierto, ni las montañas.

-Bueno, este lugar no está tan mal, contestó el ratón.

Eso lo dices tú, que tienes una vida corta, si llevaras aquí tanto tiempo como yo, acabarías aburrido ¿ves esa vaguada? Antes era un arroyo, tenía agua todo el año. El sol no era tan fuerte ni dañino ahora. Todo parece descontrolado: olas de calor fuera

de época que confunden a la vegetación, veranos cada vez más largos, sequías, incendios...y las lluvias torrenciales, que arrasan con todo a su paso.

-Sí- dijo el ratón-, pero este lugar esta apartado de la civilización.

Aun así, el clima también cambia aquí. Cuando yo era joven, en este bosque éramos cuatro veces más árboles que ahora. Siempre paso poca gente por este camino. Antaño pasaban algunas caballerizas, hoy apenas pasa nadie, salvo algún perdido como este que está aquí sentado escuchándonos.

El ratón guardo silencio.

Echo de menos las noches de entonces-continuo el castaño. El cielo estaba cubierto de estrellas. La vía láctea parecía derramarse sobre nosotros.

Si todavía pueden verse estrellas.

-Sí, pero ya no es igual. Incluso aquí llega la luz de las grandes ciudades

Después el árbol concluyo:

Así son las cosas amigos. Las cosas no están siempre a punto de suceder. Muchas veces, simplemente ya sucedieron.

13

LEYENDA

Cuenta la leyenda que en la villa de las nieblas vivían unas mujeres hermosas.

Su vida estaba dedicada a ellas, a su manera de vivir, ajenas al resto del mundo.

Se levantaban con el primer rayo de sol y se acostaban cuando este se escondía tras la torre de la iglesia.

Así un día tras otro.

Monótono pero feliz. Feliz era simplemente eso felicidad.

Un día llegó a la aldea una familia, dos mujeres madres de dos niños un niño Antonio de 12 años y una niña de 15 muy hermosa.

Las cosas están a punto de no suceder o suceder de otro modo.

EL ARCOÍRIS AZUL

En la oscuridad de la noche nos cobija una cúpula azul salpicada de luces que invita a entrar en el mundo de los relatos. Las palabras se entretejen descubriendo historias que entran en el espectro de las emociones formando un arcoíris en nuestra imaginación bajo el cielo nocturno.

Al calor del hogar se cuentan leyendas de otros tiempos, retales de la infancia de nuestros abuelos: sus juegos, miedos y diversiones. Nos estremecemos de miedo con algunas leyendas; disfrutamos de sus arriesgadas aventuras, de las batallas que vivieron y de cómo se las arreglaban para evitar las regañinas, ¡ésas sí que eran serias!

El tío Manuel, era como un libro de historias. Comenzaba con la frase: “Las cosas están siempre a punto de no suceder, o de suceder de otro modo”, pero los hechos fueron realmente así. Relataba como cuando las mujeres estaban lavando la ropa en el río Nazario buceó hasta allí arrastrando la ropa con una fuerza incontrolada. Las mujeres asustadas intentaron alcanzar sus coladas, pero el zagal las acarrió como un huracán a la otra orilla y las escondió detrás de los juncos. Nunca le pillaron y los chicos nos reímos durante semanas. Al Naza, como le llamábamos se le daba muy bien bucear y una tarde nos enseñó una cueva que estaba bajo la montaña, pero no pudimos pasar porque unas rejas atravesaban el paso. Tampoco se lo pudimos contar a los mayores ya que nos arriesgábamos a una buena zurra. Se convirtió en nuestro gran secreto, pero eso no nos impidió inventar y relacionar la aventura con algunas historias de nuestro pueblo.

Cuando la tía Goya nos contaba sus historias del mal de ojo que echaba la Pepa con su mirada a los niños pequeños, o a los animales que criaban sus vecinas, no queríamos ir solos a la cama del miedo que teníamos. Nos encantaba cuando nos explicaba las propiedades de las hierbas del campo y nos enseñaba a hacer ungüentos y cataplasmas. Tenía remedios para la mayoría de males: dolores, picores, tos, infección de orina, eccemas, urticarias o quemaduras. Era una farmacéutica natural. Disfrutábamos como aprendices de bruja o de mago.

Así en nuestra infancia, a la luz de la lumbre, las historias cobraban color y nuestra imaginación se llenaba de colorido.

NUEVAS MODAS

La otra tarde llegué a la vacía y olvidada casa de mis padres para comprobar que todo estaba bien. Me llevé una gran sorpresa cuando me topé con una cola de personas en la puerta. Me explicaron que en Internet había surgido la moda de visitar ese tipo de casas, ver su cocina con despensa, sus diminutas habitaciones o sus techumbres abovedadas, así como el patio con su gallinero, las cuadras y la tenada.

Estaban esperando a que saliera la persona que se encontraba dentro. Entré y me encontré con un chico, dijo que como la casa estaba vacía había entrado fácilmente y había comenzado a curiosear. Le recordé que era una propiedad privada y no tenía derecho a entrar sin permiso. Estuve revisando todos los lugares y sólo encontré unos objetos sin valor debajo de una cama. Todo me parecía un sueño sin sentido, pero como leí en una novela: “Las cosas están siempre a punto de no suceder, o de suceder de otro modo”. Por eso comencé a investigar el origen de esa moda. Parecía una frivolidad sin trascendencia para personas que quieren probar algo nuevo. Profundicé en mi empeño de llegar a la motivación de lanzar este tipo de movimientos. Hasta que descubrí que se trataba de una red que buscaba objetos valiosos en las casas vacías, inventaron esa moda como una cortina de humo para desviar la atención y poder actuar de forma anónima. Por eso fui a denunciarlo.

Este episodio, que me parecía imaginario sirvió para revivir con ternura una parte de mi infancia. A menudo pienso que tenemos una especie de ángel de la guarda que nos alerta de que algún daño nos puede suceder para que podamos evitarlo.

AVANZAR

La suerte estaba echada, acababa de realizar los exámenes de oposiciones para los que se había estado preparando durante los últimos años, si quería avanzar y progresar en su profesión tendría que seguir esforzándose. Sin embargo no había sido nada fácil, su trabajo le impedía dedicar todo el tiempo que los estudios requerían, pero no tenía otra alternativa, en su casa era el único sueldo que entraba, y éste era vital para sacar adelante a su familia.

Esa noche cuando se acostó, tardó en conciliar el sueño, si aprobaba esos exámenes, tendría que residir en otro lugar, al menos durante un tiempo, hasta que las circunstancias le fueran permitiendo acercarse a su ciudad, eso le suscitaba un dilema: por una parte habría conseguido un gran reto personal, el cual había estado persiguiendo durante años, pero vivir sin tener a su familia a su lado, suponía para él algo difícil de gestionar, de pronto, un sueño soporífero fue diluyendo cada uno de esos pensamientos cayendo profundamente dormido.

Transcurrieron los días, había llegado el momento de conocer el resultado. De repente se vio invadido por una inmensa calma, la preocupación de los días precedentes había desaparecido, pensó que quizá había sido excesiva, dando por sentado algo que quizá no sucedería o sucedería de otra manera.

EL PUNTO AZUL

Decidieron separarse amistosamente. Cada uno por su lado y tan amigos. Las rencillas domésticas y la escasez de paciencia terminaron por aniquilar su relación. Él pedía más tiempo y comprensión, pero ya no hubo más concesiones, se esfumó la motivación. Como se arrepentía de las fútiles porfías por asuntos nimios que tanto les desgastaron. La búsqueda de triunfo en cada discusión, la preeminencia de sus ideas. Las de ambos. Se inundó el amor de nubarrones que oscurecieron sus ilusiones, su futuro, su relación.

Entre el gentío de la estación de tren, apenas si podía oír lo que ella le decía mientras caminaban hacia su vagón. A medio camino decidió despedirse. Sintió un beso en la mejilla: cálido, lento, pegajoso. Seguramente le había impreso el carmín de sus labios. No se atrevió a quitárselo, se lo guardaría como un tesoro fetichista hasta que desapareciera por sí solo. Contempló, mientras se alejaba hacia el final del convoy, como la engullía el tumulto y su vestido azul se iba disolviendo en la profundidad del andén. Pensó que él debió vestirse de amarillo, así, con la mezcla de colores provocaría un verde esperanza.

Se impuso alejar tonterías de la cabeza para concentrarse en la cada vez más borrosa figura azul. Nadie ganaba, los dos perdían. Aún esperaba un súbito cambio de parecer, sabía que *las cosas siempre están a punto de no suceder, o suceder de otro modo*. Esa era su esperanza, pero el chirrido con que arrancaron los viejos vagones, anunciaba la dentellada a un pedazo de su corazón.

Según se deslizaba el expreso puso atención, estirando el cuello, en localizarla en alguna ventanilla saludando sonriente con la mano. No hubo más despedidas. Se quedó con la mirada fija donde había visto por última vez su luminoso vestido. Solo, desconsolado, en medio de una muchedumbre vociferante con los brazos aún levantados saludando a los pasajeros, dio por perdido el mejor capítulo de su vida.

Pero, de pronto, al ir dispersándose la gente, descubrió un punto azul a lo lejos del andén. A pesar de tener el sol de cara, observó como ese punto se movía y se agrandaba a medida que se iba acercando entreverado por los viandantes que se cruzaban. Su corazón maltrecho comenzó a acelerarse. Lo veía venir, aún había esperanza, otra oportunidad; de nuevo las caricias, los abrazos, la placentera complicidad, el futuro luminoso amenazado por el gris ceniza de la estación que no atenuaba el fulgor de su regocijo. La recuperación de la felicidad. Se dispuso a recibirla con su mejor sonrisa y abriendo los brazos. Y ahí estaba delante, una silueta de uniforme azul observándole con tribulación. Quieta, extrañada, circunspecta tenía frente a él la figura de la señora del servicio de limpieza.

LA MUJER QUE HABITA EN TI

Ella vive dentro del armario de su habitación, vive allí ¡vete a saber desde cuando! Solo sabe que una noche se despertó y allí estaba, metiéndose dentro, acurrucándose, en un rincón sin hacer mucho ruido.

Ella, por las mañanas la ignora y hace como que no la ve.

Pero hay días que le apetecería abrirle la puerta y que saliera y la acompañara a la compra, a hacer las labores domésticas o a tomarse un simple café.

Pero no, ella prefiere que siga en el armario, se dice a si misma que no es el momento! ¡Nunca es el momento!

Hay veces que suspira mientras recoge los cubiertos de la mesa, y la ropa que está desordenada sobre la cama, mira a los ojos a la rutina diaria y echa de menos a esa que está dentro del armario, con más genio, con menos modales, seguro que ella gritaría y se rebelaría pero a ella le da miedo salir de su zona de confort.

Un sábado por la mañana la despertaron sus gritos ¡basta ya! La dijo ¡tengo que salir!, me estoy ahogando, sácame y enfréntate a tus miedos, tú ya cumpliste tu misión, fuiste madre, esposa, hija, ahora me toca a mí.

Tira por la ventana tu confort, ponte tus viejas deportivas y tus mallas y vuelve a correr y a bailar con la vida.

Disimula tus arrugas con sonrisas, píntate las uñas de color esperanza y los labios color carmesí.

“Las cosas siempre están a punto de no suceder, o de suceder de otro modo”

Saca a la mujer que habita dentro del armario, déjala que por fin respire, es el momento de estar orgullosa de haber nacido mujer.